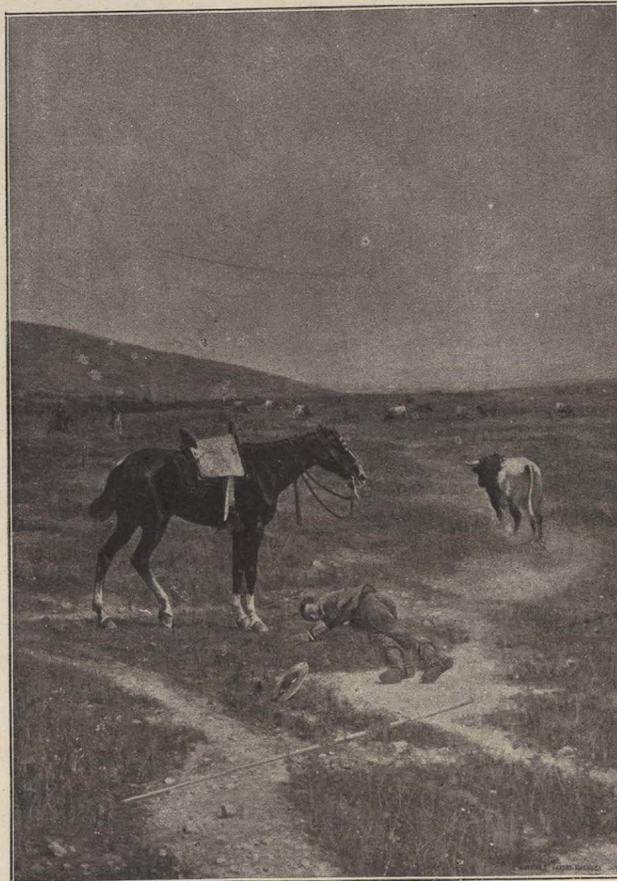


LA MASCARADA

El cura de San Rosendo de Gundar, un viejo de perfil monástico y ojos enfoscados y parduzcos, regresaba a su Rectoral una tarde después del rosario. Apenas interrumpían la monotonía del campo, aterido por la invernada, algunos álamos desnudos que orillaban el camino, cubierto de hojas secas. Estaba la Rectoral aislada, no muy distante de unos molinos: era decrepita y arrugada como esas viejas mendigas que piden limosna arrojando soles y lluvias, apostadas a lo largo de los caminos reales. Como la noche se venía encima con negros barruntos de ventisca y agua, el cura caminaba deprisa, mostrando galguesca ligereza. Era uno de aquellos cabecillas tonsurados que, después de acudir en socorro de la fracción, aplicaban la misa por el alma de Zumalacárregui. A pesar de sus años, conservábase erguido: llevaba ambas manos hundidas en los bolsillos de un «montecristo» azul, sombrero de alas, é inmenso paraguas viejo bajo el brazo. Halagando el cuello de un desdentado perdiguero, que cazaba mosquitos en la solana, entró el párroco en

LUIS MARTÍNEZ VARGAS



UN PERCANCE — Consideraciones y honores de tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes (1901).

la cocina, a tiempo que una moza aldeana, de ademán brioso y rozagante, ponía la mesa para la cena.

—¿Qué se tragina, Label?
—Vea, señor tío...

Y Label, sonriente, un poco sofocada por el fuego, con el floreado pañuelo anudado a la nuca para contener la copiosa madeja castaña, con la camisa de estopa arremangada, mostrando hasta más arriba del codo los brazos blancos, blanquísimos; rubia como una espiga, mohina como un recental, vanidosa como una rama verde y florida, mostraba sobre el hogar la fuente de «filloas», plato clásico con que en Galicia se festejan las carnestolendas. Católas el cura con golosina de viejo sensualista, y después, sentándose en un banco al amor de la lumbre, sacó de la faltriquera un entrenzado de negrísimo tabaco, lo picó con la uña restregando el polvo entre las manos y, procediendo siempre con mucha parsimonia, lió el cigarro y lo encendió en un tizón que apartó del lar. No bien hubo acabado esta operación, cuando los tenaces ladridos del perro que corría desatentado de un lado a otro, parándose a arañar la puerta, le

obligaron a levantarse para averiguar la causa de tal alboroto. Label, un poco inmutada, interrogó:

—¡Condenado animal! ¿Estará rabioso?
—Rabioso, ¡buena gana! Si estuviese rabioso no ladraría así.

A esta sazón rompió a tocar en la calle la más estentórea y desaparecible murga: repique de conchas y panderos, lúgubres mugidos de bocina, sonos estridentes de guitarras destempladas, de triángulos y de calderos. Abrió Label la ventana escudriñando la obscuridad. Al cabo de un instante murmuró, volviéndose:

—¡Pues si es una mascarada!

Apenas divisaron a Label los choqueiros, empezaron a aullar dando saltos y haciendo cabriolas; penetrando en la casa con el vocerío y llaneza de quien lleva la cara tapada. Eran hasta seis hombres tiznados como diablos; disfrazados con prendas de mujer, de soldado y de mendigo; antiparras negras, larguísimas barbas de estopa, sombrerones viejos, escobas mojadas, capas llenas de agujeros, refajos remendados, todos guñapos sórdidos, húmedos, asquerosos, que les hacían de repugnante agujero. En unas angarillas traían un espantajo vestido de rey ó emperador, con corona de papel y cetro de caña; por rostro pusieronle groserísima careta de cartón, y el resto del disfraz lo completaba una sábana blanca.

Instóles el cura con tosca cortesía a que se descubrieran y bebiesen un trago, mas ellos lo rehusaron, farfullando cumplimientos acompañados de visajes, genuflexiones y cabeceos grotescos. Habían posado las angarillas en tierra; asordaban la cocina, embullando muy zafiamente al eclesiástico y a la moza, que no por eso dejaban de celebrarlo con risa franca y placentera. Solamente el perro, guarecido debajo del hogar, enseñaba los dientes y se desataba en ladridos. El párroco insistía en que habían de catar el vino de su cosecha, y acabó por incomodarse; mejor no se hacía en diez leguas a la redonda. Era puro como lo manda Dios, sin mezcolanzas de aguardientes, ni de azúcares, ni de campeche... Encendió un farolillo, descolgó una llave mohosa de entre otras muchas que colgaban de la ennegrecida viga, y descendió la escalera que conducía a la bodega.

Desde abajo se le oyó gritar:

—¡Label! trae el jarro grande.

—¡Voy, señor tío!

Y dicho y hecho, apartó del fuego la sartén, descolgó el jarro y desapareció por la oscura boca que la tragó como un monstruo. Entonces, uno de los enmascarados se acercó a la ventana y la abrió lentamente, procurando no hacer ruido. Una ráfaga de viento apagó el candil, dejando la cocina a oscuras. Sólo se distinguía el fulgor rojo, sangriento de la brasa, y la diabólica fosforescencia de las pupilas del gato, que balanceaba dulcemente la cola, adormilado sobre la caldeada piedra del hogar. De repente, reinó profundo silencio. Una voz murmuró muy bajo:

—¡No pasa un alma!

—Pues, andando...

Buscaron a tientas la puerta y desaparecieron como sombras. En la escalerilla de la bodega resonaban ya las pisadas de los huéspedes. Label venía delante y se detuvo sin atreverse a andar en la oscuridad. Por la ventana, que los otros habían dejado abierta, alcanzaba a ver el cielo anubarrado, y el camino blanco por la nieve, que iluminaba trémula y melancólica la luna...

—¡Se han ido!

Y Label tuvo miedo, sin saber por qué. El cura, que venía detrás con el farolillo, repuso jovialmente:

—¡Qué granujas! Ya volverán.

—¿Cómo no habían de volver? Allí, en medio de la cocina, estaba el rey, grotesco en su gravedad, con su corona de papel, su cetro de caña, el blanco manto de estopa, la hierática faz de cartón... Label, ya repuesta, adelantó algunos pasos y le acercó el jarro a los labios:

—¿Quieres beber, mi rey?

Al separarlo, después de un instante, la careta se corrió hacia abajo, descubriendo una frente amarilla, unos ojos vidriados, pavoresos, horribles...

—¡María Santísima!

Y la moza, horrorizada, retrocedió hasta tropezar con la pared.

—¿Qué damita eres tú?

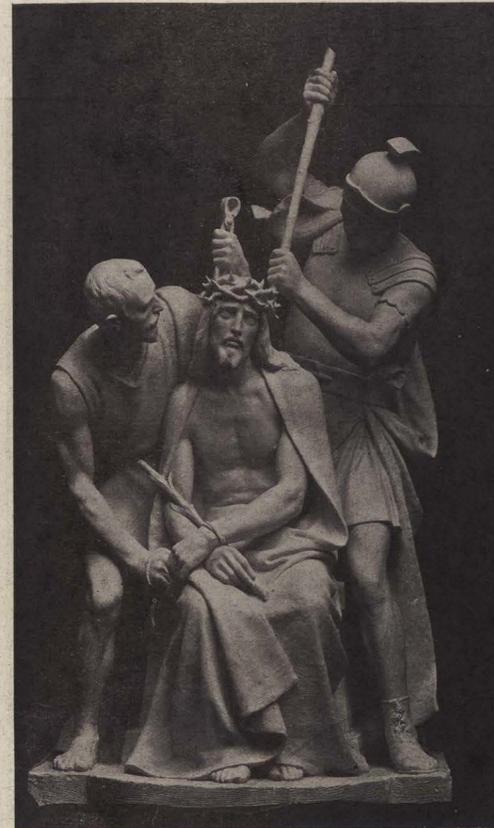
—No... no... señor tío... ¡Pero es un difunto!

Y, estrechándose contra el viejo, se aproximaba palpitante, con ese miedo de las mujeres del pueblo que las impulsa a mirar y acercarse, antes de cerrar los ojos y de huir. El párroco tiró de la careta con resolución. Luego alzó el farol por encima de su cabeza, proyectando la luz sobre el inmóvil y blanco enmascarado. Contemplólo atentamente, dilatados los ojos por la ávida mirada del estupor, y, bajando el farolillo, que temblaba en su mano, agitada por bailoteo senil, murmuró en voz demudada y ronca:

—¿Tú le conoces, muchacha?

Ella respondió:

—Es el señor abad de Bradamin.



LA CORONACIÓN DE ESPINAS

Este grupo escultórico, en mármol y de tamaño algo mayor que el natural, es obra del reputado artista Anselmo Nogués, y forma parte del Rosario Monumental que se está construyendo en el Camino de la Cueva de la Virgen (Montserrat); donde quedó colocado en la última semana del pasado mes.

Lo ha costeado la Venerable Orden tercera de San Francisco de Asís, que dirigen los PP. Capuchinos, quienes abrieron público concurso para su realización. El Jurado, nombrado al efecto, lo declaró desierto, a pesar de haber concurrido a él buen número de escultores; siendo premiado de segunda convocatoria el boceto del señor Nogués, correspondiente al grupo arriba reproducido, cuyo pedestal ha sido ejecutado según diseño del conocido arquitecto Enrique Saguier. ***

—Sí... mañana le aplicaremos la misa por el alma.

Label temblaba y gemía, lamentando su mala estrella, lo que iba a ser de ellos si la justicia se enteraba. En voz muy baja, limpiándose los ojos con un pico del pañuelo que llevaba al cuello, siseó:

—¡Tío... Señor tío!... Podemos avisar en el molino.

El cura rezaba en silencio. Después de un momento, contestó:

—No; ahí menos que en ninguna parte. Me parece que conocí a los dos hijos del molinero. Avisaremos a la justicia y mañana le aplicaremos la misa por el alma.

Label seguía gimiendo:

—¡De por fuerza le mataron para robarle! Otra cosa no puede ser. ¡Un bendito de Dios que con nadie del mundo se metía!... ¡Bueno como el pan!... ¡Respetuoso como un alcalde mayor! ¡Caritativo como no queda otro ninguno!... ¡Virgen Santísima de los Dolores, qué entrañas tan negras!

De pronto se levantó, y con esa previsión que nace de todo recelo, cerró la puerta. El cura, sentado en el banco, con dos lágrimas rotas, brillantes en el fondo de los ojos, repetía apenado:

—¡Pobre Bradamin! ¡Era un santo!

Y Label sollozó:

—¡Por santo lo mataron!... Las puertas de su casa estaban abiertas de día y de noche, para todo el que llegaba...

R. DEL VALLE INCLÁN

CARTA Á GEORGETTE

QUE no se han marchitado aún las lilas?

Será que con tus dedos de rosa, renuevas con cuidado día y noche el agua en que bañan sus troncos y en donde beben la vida.

Sin embargo, llegará un día, día próximo, en que la flor que se abre en Abril se secará en su cárcel de porcelana, y sus pétalos descoloridos se esparcirán por el entarimado de tu cuarto.

Quando estén marchitas las lilas, las reemplazaremos ¡hermosa!

Colocaremos en la maceta del Japón rosas blancas, rosas encarnadas, rosas té, con sus capullos.

¡La rosa, dulce emblema!

Y cuidarás, como si fuesen hermanas, estas preciosas flores substraídas a los besos de las mariposas.

Sin embargo, llegará un día en que las rosas se marchitarán.

La flor de Mayo se secará en su cárcel de porcelana, y sus pétalos descoloridos se esparcirán sobre el entarimado de tu cuarto.

Quando las rosas estén marchitas, las reemplazaremos ¡hermosa!

Colocaremos en la maceta del Japón claveles. ¿Lo quieres?... Son el emblema de la voluptuosidad.

Claveles de varios colores, afelpados, ojos finos y caprichosos dibujos. Los cogemos cerrados; los veremos entreabrirse poco a poco, como se entreabre al amor un corazón de quince años; respiraremos a pulmones llenos sus embriagadores aromas.

Sin embargo, llegará un día en que los claveles se marchitarán en su cárcel de porcelana, y se esparcirán sobre el tapete de la mesa.

Quando estén marchitos los claveles, los reemplazaremos ¡hermosa!

Los reemplazaremos por la balsamia, el jazmín, el miosotis... y puesto que siempre se marchitarán se secarán y se deshojarán esas flores... ¿sabes lo que colocaremos en el viejo jarrón japonés?

Siempre vivas. ¿Quieres?

Siempre vivas, que al menos ellas ni se marchitarán, ni secarán, ni descolorirán, ni morirán...

Y esa florescencia perpétua ¡oh, hermosa Georgette mía! será la imagen de nuestros dulces y eternos amores.

JOSÉ PELA ROBIN



Mtro. JOSÉ ROLDÓS.

Director de los «Coros de Clavé», en Montevideo, y autor de la pieza de música que acompaña a este número.

RICARDO BRUGADA



EN LA VENTA